

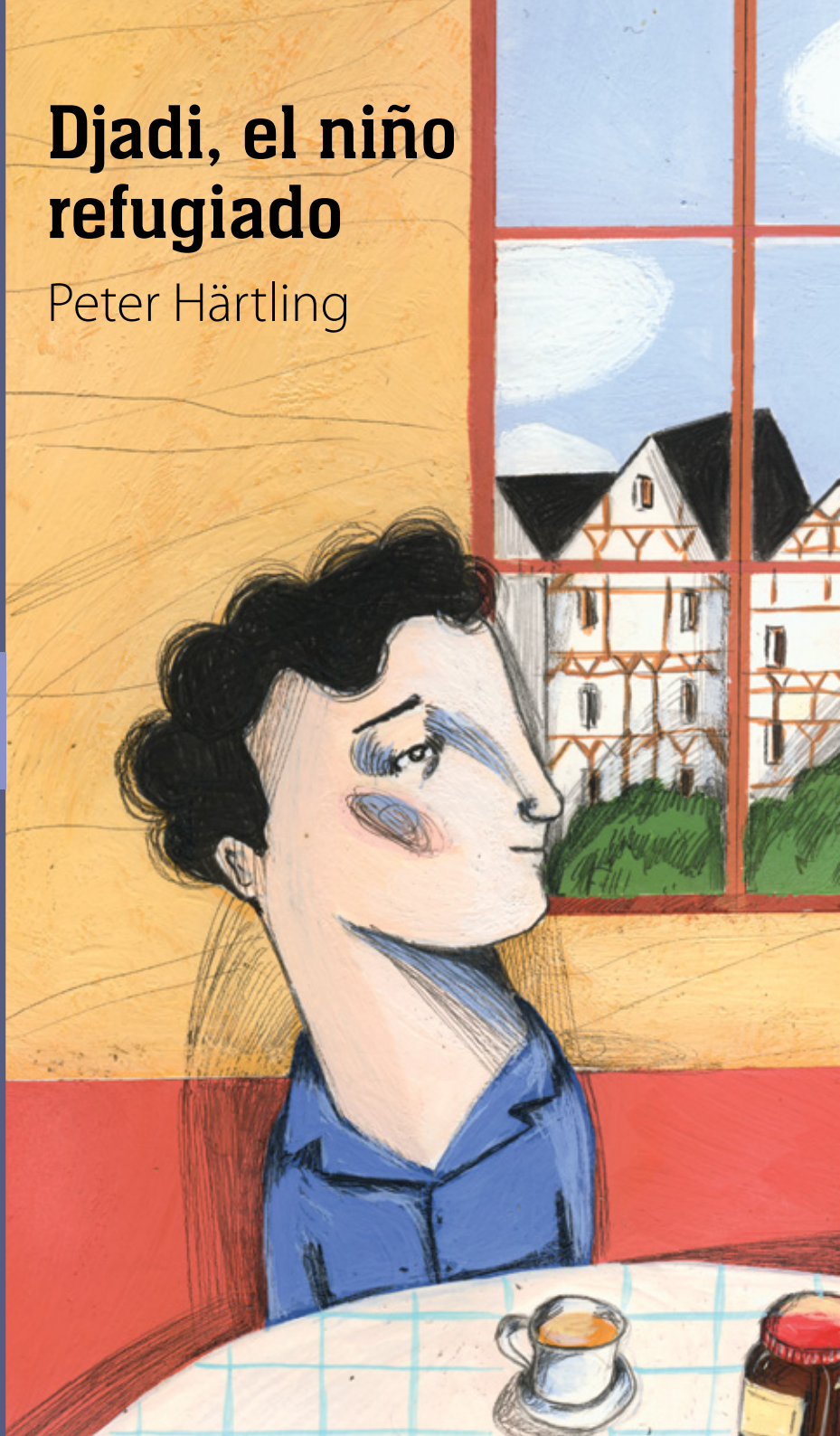
Clásicos Modernos

Djadi, el niño refugiado

Peter Härtling



ANAYA



1.ª edición: febrero 2018

Título original: *Djadi, Flüchtlingsjunge*

© Del texto: Beltz & Gelberg, 2016

In the publishing group Beltz - Weinheim Basel

© De la traducción: Carmen Bas, 2018

© De la ilustración de cubierta: Ignasi Blanch, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3623-1

Depósito legal: M-34501-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

Djadi, el niño refugiado

Peter Härtling



Traducción:
Carmen Bas

ANAYA

Índice

Seis y uno	9
El médico y el lenguaje	19
Control	24
«Yo»	27
Libros ilustrados	30
Asustado	33
¿Dónde está Wladi?	37
Visita oficial	40
En casa	42
Djadi se convierte en Djadi	45
Junto al mar	49
Lina	61
Esperando a Wladi y a Kordula	74
Negro, negro por dentro	83
Dos en el banco	88
Ser alumno	92

Ahora empieza todo	95
Solo unas frases	102
Wladi	105
Dos piedras	111

SEIS Y UNO

L legó, con Jan, de forma inesperada a nuestra casa. ■ 9
Como caído del cielo. Era demasiado bajito para su edad, demasiado delgado, tenía las piernas torcidas como un *cowboy* y un rostro duro con unos grandes ojos negros. Jan lo agarraba de la mano. Los demás, que estaban en la cocina, se acercaron a ellos y los miraban atónitos.

—¿Qué significa esto? —preguntó Gisela de forma un poco brusca—. ¿Quién es este?

El chico los miró uno a uno. Todos apartaban la vista al notar su mirada.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó Detlef.

—Lo he conocido en el centro de ayuda para jóvenes —dijo Jan—, estaba solo y de momento me lo he traído. En cualquier caso, lo primero que tiene que hacer es acostumbrarse a nosotros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dorothea, a la que nada de lo que ocurriera en la vivienda que compartían podía hacerle perder la calma.

—No te entiende. —Jan se acercó un poco más al chico, como si tuviera que protegerlo de las preguntas tontas.

—¿Lo sabes? —Dorothea se agachó para estar más cerca del niño—. Tengo la impresión de que nos entiende muy bien.

10 ■ —Es posible. —Jan intentó convencerla—: Ha llegado completamente solo. Con un hombre mayor que quería deshacerse de él cuanto antes. Ha perdido a sus padres. Ni rastro de hermanos. Supongo que los demás han cargado con él por compasión.

—Si es que se puede hablar de compasión en esos casos —opinó Wladimir.

—Por lo que he entendido —continuó Jan—, el chico se llama Djadi.

—¿Djadi? —Dorothea lo observó con gesto pensativo.

—La gente que lo trajo procede toda de Homs. Dijeron que Djadi apareció de pronto. Por eso no sabían nada de su familia. Lleva ya un tiempo en Alemania.

Djadi alzó la mirada hacia su protector.

Gisela le hizo una seña invitándolo a sentarse a la mesa.

—¿Habrá comido algo este chico?

Todos se sentaron, pero Jan y Djadi se quedaron de pie. Eso irritó a Wladi:

—¡Sentaos, maldita sea!

Jan sacudió la cabeza:

—No. Primero, un trámite obligatorio en nuestra casa compartida. Como Djadi no nos conoce y nosotros no sabemos nada de él, os lo voy a presentar.

—¿Estás seguro? Si no entiende nada. —Todos los que estaban sentados a la mesa hablaban a la vez.

—Intentémoslo. —Jan se giró hacia el muchacho, de forma que quedaron uno frente al otro—. Tú —señaló al pequeño—, tú eres Djadi. —Se llevó la mano al pecho—: Yo, yo soy Jan. —Señaló al chico—: ¡Djadi! —Se señaló a sí mismo—: ¡Jan!

El niño siguió serio, asintió y dijo dubitativo:

—Jan.

Jan aplaudió:

—Bravo, Djadi. —Luego se acercó con Djadi a la mesa, al sitio donde estaban Wladi y Kordula—. Estos dos, estos a los que la vida ha tratado tan bien, son Wladi y Kordula. Wladi era, hace ya mucho tiempo, profesor.

Wladi sonrió con cariño, su cara enrojecida resplandeció. Se apoyó sobre Kordula:

—Esta es mi mujer, Kordula. Ella era profesora, como yo, y lo sigue siendo.

Jan avanzó un paso hacia Dorothea.

—Esta es mi Dorothea. Vivimos juntos. Es psicóloga. A veces cura a niños como tú.

Dorothea se rio, se señaló a sí misma y dijo:

—Doro. Esa soy yo.

Una sonrisa cruzó a toda prisa la cara de Djadi. No estaba claro si fue una sombra fugaz o un rayo de luz.

—Y estos... —Jan se puso en cuclillas al lado de Djadi, sonrió, se giró pesadamente y señaló a Detlef y Gisela Knorr—. Estos dos se llaman como las pastillas de caldo, pero son difíciles de disolver. Trabajan como asesores fiscales y son la única oficina abierta al público en esta casa.

Gisela y Detlef asintieron solícitos y exclamaron al unísono:

—Hola, Djadi.

12 ■ Consiguieron que Djadi hiciera el eco y respondiera en voz baja:

—Yo, Djadi.

Después de las presentaciones Gisela se atrevió a preguntarle a Jan:

—¿Y bien? ¿Vamos a ser todos nosotros los padres de este jovencito, padres y madres? ¿Te has vuelto loco, Jan?

Jan acercó una silla a la mesa y empujó a Djadi hacia ella.

Wladi untó un panecillo con mantequilla y miel y se lo acercó a Djadi por encima de la mesa.

—Come —le pidió a Djadi. El chico mordió el panecillo y Wladi exclamó triunfante—: ¡Me ha entendido!

Jan se sentó al lado de Djadi, soltó una carcajada seca:

—Ha entendido al panecillo. No a ti.

Sonó el timbre, alguien llamaba a la puerta.

—¿Es uno de vuestros clientes? —preguntó Wladi a Detlef y Gisela.

Gisela sacudió la cabeza enérgicamente:

—No tenemos ninguna cita.

Volvieron a oírse unos golpes en la puerta. Fue como una señal para Djadi. Se puso muy tieso en su silla, con la boca abierta, como si le costara respirar. Miró a Jan con gesto interrogante, deslizó la mirada por toda la habitación, se puso de pie de un salto, corrió hacia el sofá que estaba junto a la pared y desapareció debajo de él.

■ 13

Los seis de la mesa lo observaban desconcertados.

—Ha desaparecido —constató Gisela.

—Voy a ver quién le da tanto miedo al chico. —Jan se puso de pie, luego oyeron que hablaba con alguien en el pasillo.

—Parece la voz de la señora Besermann, la del bajo —susurró Kordula—. Probablemente le molesta otra vez mi bicicleta en el portal.

—Vamos al despacho. —Detlef y Gisela desaparecieron.

—¿Le pongo otro panecillo delante del sofá, como si fuera un cebo? —preguntó Wladi.

—Espera un poco —le pidió Jan, que ya había vuelto y les había contado que la señora Besermann solo quería entregar un paquetito. Luego Jan y Wladi hablaron sobre las guerras, que dejan a tanta gente sin patria, tantos refugiados.

—Me dan ganas de llorar —suspiró Wladi.

—Déjalo de momento —lo frenó Dorothea.

—Yo me tumbaría en el sofá —dijo Wladi, allí se sentía a salvo.

Jan no lo veía claro:

—Podría hundirse bajo tu peso, Wladi, y el chico se llevaría otro buen susto. —Entonces sorprendió a todos poniéndose de pie—: Vámonos. Saldrá y nos buscará.

14 ■ Pero no salió. Cuando se reunieron a comer a mediodía, Djadi estaba sentado en la silla que había abandonado a toda prisa cuando llamaron a la puerta. Estaba muy tieso y miraba fijamente la mesa. Aliviada, Gisela preparó té.

—¿Y qué bebe el muchacho? —preguntó Wladi.

—Chai —dijo Jan.

Djadi lo miró fugazmente y trató de sonreír. Gisela asintió con cara de aprobación al oírle sorber.

—En realidad, el enano encaja muy bien aquí.

Wladi la miró sorprendido:

—Caramba, no esperaba eso de ti.

Gisela reaccionó de un modo inusualmente brusco:

—Después de tantos años compartiendo casa deberías conocerme muy bien.

Jan se levantó, cogió su cartera y se volvió hacia Wladi y Kordula.

—Bueno, voy a ver a los del centro de ayuda para jóvenes. Y si Djadi tiene que ir al médico, vendré a por él.

Detlef asintió satisfecho.

—Bien, amigo. Todos te aprecian como trabajador social.

Jan se puso en camino. Casi todas sus preguntas quedaron sin responder, lo más que recibió fueron advertencias y reproches. En realidad, Djadi no existía. Era una casualidad. Un huérfano sin acompañantes. Un apátrida. Alguien molesto para la administración. No encajaba. Las autoridades no contaban con excepciones como él.

Jan estaba en el despacho 37 delante de la mesa de la señora Dieffenburg. ■ 15

—Ya lo he oído —gruñó la mujer—. Ya me han advertido de todo.

—¿De mí?

—Sí, de usted y de ese chico surgido de la nada.

—No salió de la nada, sino de un bote bastante roto que cruzaba el Mediterráneo.

—¿Eso les ha contado?

—De momento no habla. Pero yo sé cómo y con quién ha llegado hasta aquí. La gente del bote lo trajo consigo. Es huérfano. No tiene familia. Y por eso mi mujer y yo queremos hacernos cargo de él.

—¿Cómo se imagina que va a ser todo esto?

—Muy fácil. —Con estas dos palabras Jan consiguió que la señora Dieffenburg explotara.

—Bueno. Ese chico...

—Ese chico —la interrumpió él—, ese chico está

completamente solo. ¿Quiere mandarlo de vuelta por el Mediterráneo o meterlo en un centro de refugiados?

La señora Dieffenburg miró fijamente a Jan.

—Qué disparate.

Jan respondió a su sombría mirada con una sonrisa:

—Acoger al niño en mi casa no es algo que se me haya ocurrido así sin más, me parece algo necesario.

—Está bien. Lo tendrá todo por escrito. ¡Y serán controlados! Ustedes y todos los de su vivienda compartida. Además, necesito el informe del médico. Usted, como

16 ■

trabajador social, debería conocer todos los detalles.
—¡Estupendo! —Jan se puso de pie, se inclinó levemente. La mujer ignoró la mano que él quiso tenderle para despedirse. Fuera, en el pasillo, tuvo que sentarse. Lo había conseguido. Ahora solo quedaba llevar a Djadi al médico.

Entró corriendo en la cocina, donde sabía que estaban todos.

—No os lo vais a creer. Según la administración, Djadi no existe. Ahora tengo que ir con él al médico.

—¿Al médico de medicina general o al pediatra?
—preguntó Kordula.

—Al médico —murmuró Jan.

—Pocas veces se reciben respuestas tan sensatas
—replicó Kordula.

Djadi los recorrió a todos rápidamente con la mirada. Y cuando Jan se acercó a él y le dijo: «Vamos a

quitarnos esto cuanto antes», él se escurrió de la silla y desapareció debajo del sofá escapando como una lagartija.

—Ha vuelto a desaparecer —aseguró Detlef secamente.

Acordaron en silencio esperar a que Djadi volviera a aparecer. Al cabo de un rato se rindió. Recibieron al niño con una sonrisa que en el caso de Jan resultó algo forzada.

Que no podían ir inmediatamente al médico, en eso estaban de acuerdo Jan y Wladi. El muchacho debía tranquilizarse, esa era la idea. ■ 17

Para tranquilizarlo, a propuesta de Dorothea, vieron con él libros de fotos para ir poniendo nombre a los objetos o criaturas que aparecían en las imágenes. Djadi parecía interesado, se estrechaba contra el que le deletreaba las palabras en cada momento, pero no dijo nada. En una de las páginas aparecía un altivo cazador apuntando a un ciervo.

Kordula, que estaba entonces con él, señaló primero el hombre, luego el arma.

—Cazador —dijo, y tras una breve pausa añadió—: Arma.

Djadi siguió el dedo de Kordula con la mirada. Abrió los labios, soltó un grito. Todos se quedaron de piedra esperando.

—¡Kalashnikov! —gritó, y se tapó la boca con la mano como si hubiera roto su silencio sin querer.

El dedo índice de Kordula se quedó suspendido en el aire. Suspiró.

—Pobre chico.

—No tiene sentido llevarle ahora mismo al médico, aunque las autoridades así lo quieran —opinó Wladi.

Y, así, tuvieron unos días sin estrés. Djadi dejó de buscar refugio debajo del sofá. Pasaba la mayor parte del tiempo con Wladi, que paseó con él por la ciudad, tomaron helados, alguna vez también le llevó al cine y luego le contó la película porque Djadi no había entendido nada.

18 ■

Ya más animado, Djadi se apropió de las palabras mágicas de ánimo de Wladi. Cada vez que Wladi se perdía en sus pensamientos y quería salir de ellos murmuraba la fórmula: *Hopse popse pipse*. En algún momento Djadi salió de su habitación, miró a Wladi, sonrió, exclamó:

—¡*Hopse popse pipse!*

No entendió por qué todos se rieron. Encogió los hombros y escondió la cara entre las manos.

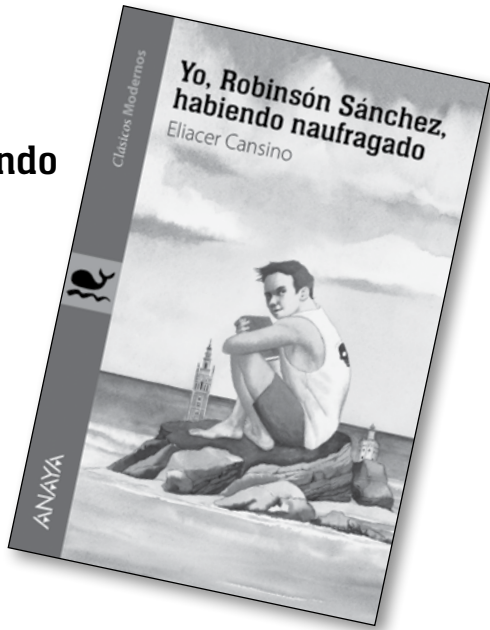
Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado

Eliacer Cansino



El protagonista de esta historia, Miguel, se ve abocado a una nueva e inesperada vida a causa del traslado de su padre desde Salamanca a una ciudad andaluza. Las difíciles circunstancias familiares, que él va intentando interpretar a su modo, le llevan a un figurado naufragio del que saldrá airoso, como un Robinson, gracias a sus nuevos amigos y al hallazgo de una misteriosa biblioteca. Al hilo de sus tribulaciones adolescentes, Miguel irá construyendo su propia personalidad, forjando su visión del mundo y adentrándose en la complejidad de la vida de los adultos.

Una novela de formación, donde los protagonistas vislumbran, por primera vez, la importancia de la amistad, los libros, la ciencia o el arte.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El polizón del Ulises

Ana María Matute



Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del *Ulises*.

La cabina mágica

Norton Juster



Cuando Milo entra en esa cabina mágica que lo transporta a un mundo tan distinto y a la vez tan parecido al nuestro, empieza a tener experiencias sorprendentes. De pronto, ese tímido muchachito de diez años, desgana-do y sin interés por nada, que piensa que «el proceso de adquisición de conocimientos es el mayor derroche de tiempo» imaginable, inicia un insólito viaje a través del Reino del Conocimiento. Y entonces descubre que la vida y la razón pueden ser tan estimulantes como no hubiera podido imaginarlo ni en sus más locos sueños infantiles.

Atrévete a entrar en esta cabina mágica, donde la poesía navega por un mundo imaginario, la lógica y la ilógica se confunden, y las palabras y los números discuten por su primacía.

La diversión está asegurada.

Una vida mágica

Diana Wynne Jones



Tras la muerte de sus padres, Gato vive a la sombra de su arrogante hermana Gwendolen, cuyos poderes mágicos todos admiran. Su vida transcurre apaciblemente bajo la tutela de una bruja mediocre hasta que los dos hermanos son enviados al castillo del poderosísimo mago Chrestomanci. Allí, Gwendolen se empeña en llamar la atención, interfiriendo en la vida normal del castillo con toda clase de hechizos malintencionados. La cosa llega a tal extremo, que Chrestomanci termina retirándole la magia como castigo. Indignada, Gwendolen huye a un universo paralelo, enviando a ocupar su lugar a Janet, su doble en nuestro mundo, que sin embargo tiene un carácter afable y carece absolutamente de magia.

Todo se complica cuando Janet y Gato se ven envueltos en una conspiración de brujos y hechiceros contra Chrestomanci.

**Una emotiva y poética novela
llena de esperanza, una mirada
al alma herida de un niño.**

Djadi tiene once años cuando huye solo de Siria y llega a Fráncfort. Nadie sabe lo que ha vivido en su huida por el Mediterráneo ni sus pérdidas por el camino. Djadi se encuentra completamente solo en Fráncfort cuando Jan y Dorothea lo acogen en la casa que comparten con otros mayores y se ocupan de él. Día a día aprende el idioma, las costumbres de su nueva «familia» y a adaptarse al colegio. Pero es la gran conexión y amistad con Wladi, un hombre de setenta y cinco años, lo que le ayuda a Djadi a convivir con sus miedos.

Poco a poco aprende a confiar en las personas que lo acogen en su casa compartida.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579021

ISBN 978-84-698-3623-1



9

7 8 8 4 6 9 1 8 3 6 2 3 1

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA